

UNAMUNO Y ÁNGEL LÁZARO: NOTICIA DE UNA RELACIÓN DESCONOCIDA  
(A propósito de dos olvidados artículos en el desaparecido diario *Pueblo*)

DÁMASO CHICHARRO  
Universidad de Jaén

Evidentemente no es la primera vez que se habla de la relación de Unamuno con Galicia y sus más ínclitos valores humanos y literarios. De hecho en un libro tan clásico y representativo como el de Manuel García Blanco *En torno a Unamuno*<sup>1</sup> ya se dedicaba un amplio capítulo al tema, que abarcaba casi 40 páginas, en el cual se recuerda con pormenor la inclinación de Unamuno por aquella tierra, sus viajes, su amor por el idioma gallego y se va desentrañando con minuciosidad el cómo y cuándo de aquella relación con sus escritores. A título de ejemplo, recordamos sus palabras dedicadas a Camilo Bargiela, con el cual mantuvo una estrecha amistad, al que recordó expresamente en 1920, con motivo de un famoso pleito literario de entonces, que llegó a ser relatado en una conocida novela de tema santiagués con este escritor como protagonista. «Conocí y traté a Bargiela –dice Unamuno– todo lo que me consentía la escasez y brevedad de mis visitas a Madrid, donde él residió algún tiempo. Era un niño grande, de un buen humor inagotable y hasta humorista, de un humor gallego –que es de los más finos–, con una cara de mosquetero en que sobresalían sus grandes bigotes negros. Fue de cónsul a Casablanca y allí murió joven todavía». Se extiende luego en otras consideraciones sobre un prólogo que le solicitó para una colección de cuentos y relatos, que no llegó a publicar, y habla de su relación con otros muchos personajes de aquella época y de aquella tierra.

También es notable la presencia de Galicia en el *Cancionero* unamuniano. Recordemos brevemente aquella fina evocación de la ciudad emblemática:

---

<sup>1</sup> Madrid, ed. Taurus, 1965

«Santiago de Compostela,  
 lluvia en las losas, el cielo  
 de piedra, y las piedras santas,  
 cielo romántico y céltico.  
 Embozo de lluvia mansa  
 y terca, dulce consuelo,  
 llora riendo y se ríe  
 con tonada de gaitero.  
 Prisciliano y Rosalía,  
 morriña y botafumeiro,  
 cuenta leyendas remotas  
 con sus conchas el romero.  
 La muñeira en la verdura  
 del arrabal solariego;  
 el Pórtico de la Gloria  
 abre su pecho gallego».

Se refiere, como parece lógico, a Valle-Inclán y pondera su «habla imperial, idiomática y dialectal, individual y universal». Elogia a Curros Enríquez y a tantos y tantos escritores identificados con el paisaje de la tierra, en libros diversos, desde los iniciales –alguno de ellos reflejo directo de viajes gallegos– hasta *Por tierras de Portugal y España, Andanzas y visiones españolas*, etc.

Es el de García Blanco un ejemplo entre decenas de los importantes trabajos dedicados a la relación de Unamuno con Galicia, que se inician, como es sabido, por el de Salvador Lorenzana (*Galicia vista por Unamuno*), que apareció en la Colección Grial de la Editorial Galaxia, en 1960.

Por eso me llamó la atención que ni García Blanco ni ninguno de los autores que he podido consultar, dedique ni una sola línea a la relación –en mi opinión interesante– de Unamuno con un escritor gallego, orensano, hoy en proceso de revalorización tras años de injusto olvido, a raíz de su muerte en 1985. Me refiero al poeta y dramaturgo Ángel Lázaro Machado, al cual le unió una gran amistad, pese a la diferencia de edad (Lázaro nació en 1900), que quedó plasmada en una correspondencia inédita, que pronto veremos publicada y, sobre todo, en las reflexiones que el propio Lázaro realizó sobre aquellos contactos<sup>2</sup>. Hoy nos ocuparemos sólo de un aspecto parcial

<sup>2</sup> La bibliografía sobre Unamuno ha crecido tanto en los últimos tiempos, que me exige de la prolija cita. Véanse, no obstante, como estudio general de variados aspectos las *Actas del Congreso Internacional del Cincuentenario de Unamuno*, Salamanca, Universidad, 1989 y, para una información de rápida consulta y fiable, las páginas que le dedica Adolfo Sotelo Vázquez en *Historia y Crítica de la Literatura Española*, dirigida por Francisco Rico, vol. 6/1, a cargo de José Carlos Mainer, Primer Suplemento, Barcelona, Ed. Crítica, 1994. Sobre Ángel Lázaro sigue siendo útil nuestro estudio de 1977 ahora citado y, más reciente, «Ángel Lázaro y la Guerra Civil española», *Revista Códice*, n.º 7, Jaén, 1996.

de esa amistad: el que quedó configurado en dos olvidados artículos que publicara Ángel Lázaro a su regreso del exilio en el desaparecido Diario Pueblo.

La obra poética de Ángel Lázaro estaba prácticamente olvidada. En nuestro trabajo sobre su producción dramática (*El teatro de Angel Lázaro*, Universidad de Granada, 1977) tuvimos ocasión de referirnos a ella aunque de manera incidental, pues dedicamos sólo página y media a lo que merece detenido estudio. Y ello pese a que él se consideró siempre un poeta y se relacionó con los grandes poetas, o mejor, con los grandes creadores, porque, en efecto, para él poeta era creador en sentido amplio, como lo era para Unamuno<sup>3</sup>. Él decía en un trabajo sobre Unamuno, incluido en su libro *Semblanzas y ensayos* (Ediciones del Colegio Regional de Humacao, Universidad de Puerto Rico, 1963): «Yo creo que pudo hacerlo todo de manera extraordinaria –refiriéndose a Unamuno, claro–, precisamente por eso, por su condición de poeta, esto es, de creador, que, como a él le gustaba señalar etimológicamente, quiere decir inventor de algo. Él creaba, levantaba cuanto hacía como escritor o como profesor». En efecto, poesía, como tantas veces se ha repetido, es creación o invención intuitiva y profunda. Y Ángel Lázaro lo fue en grado que todavía no se ha valorado ni remotamente por la crítica.

Publicó desde muy joven, con veintiún años, ya en su iniciático exilio de La Habana al que la pobreza y el afán aventurero de gallego le impulsaron. Allí apareció su primer libro, *El remanso gris* (1921). El año epónimo de la Generación del 27 aparece otro libro de versos, hoy olvidado (*Confesión*), y poco después *El molino que no muele* (Madrid, Renacimiento, 1931), sin duda su mejor obra, la más reconocida, escrita algunos años antes, que supone una interiorización del verso, de vuelta ya del arte de vanguardia. Luego publica un libro que apenas se cita en los repertorios (*Romances de Cuba y otros poemas*, 1937). Aparece también después su *Antología poética*, prologada por Manuel Altolaguirre, en 1940, y que, pese a su brevedad, es obra valiosa que recoge todo lo verdaderamente significativo del poeta hasta esa fecha.

En ella se contienen juicios sobre su lírica hartamente encomiásticos, en boca del propio Altolaguirre, quien dice: «Ángel Lázaro es un poeta inspirado, con fuentes en lo popular y en la tradición clásica de nuestras letras, y por esa distante raíz que se le hunde en el pasado, su poesía tiene todas las cualidades de un lujoso ramaje de verdores en los cielos por conquistar el mundo del futuro. Su poesía es trascendente como toda obra que nace de una entrañable

---

<sup>3</sup> Acerca de su relación con Lorca y otros poetas puede consultarse nuestro trabajo «Sobre Lorca y Angel Lázaro: empatía en entrevistas fructíferas», Revista *Mágica*, U.N.E.D., Centro «Andrés de Vandelvira», Jaén, 1996, págs. 45-53.

condición humana, y sus versos saben que los juegos de la imaginación y de la retórica son elementos menos importantes en una obra cabal».

En efecto, es la humanidad trascendente la que crea y en Lázaro aparece por encima de retóricas de ocasión. Esta valoración, enormemente positiva, se completa líneas más abajo, cuando el propio Altolaguirre constata: «Nada de esto le falta. Ángel Lázaro es un poeta que sabe escribir, cosa poco frecuente, y es un poeta con gusto seguro de sus imágenes, porque el sentimiento no interviene en la estética, ni falta que le hace, y el gusto artístico en lo poético es aplicable sólo a lo imaginativo». Estas palabras de Altolaguirre, a la cabecera de la edición de aquella tan poco difundida *Antología*, son suficientemente representativas de la posición crítica de los hombres del 27, al tiempo que valoran la lírica de Ángel Lázaro para un autor de tan acendrados méritos. Pese a todo –insistimos– hoy está absolutamente olvidada.

A esta obra luego siguieron ya los libros posteriores a la guerra, *Sangre de España*, aparecido en 1941, en la colección «El ciervo herido», del cual se imprimieron poquísimos ejemplares, que es hoy una auténtica rareza bibliográfica y que incluye un excepcional poema sobre Unamuno al que después nos referiremos. Continúa *Español de dos riberas*, sin fecha, como era bastante usual en Lázaro, que nosotros tuvimos que precisarla en nuestra Tesis, de 1975. Hoy sabemos que vio la luz en 1955. Su único libro en gallego, *Lonxe*, es también de 1955, del cual dijo Otero Pedrayo: «El libro más sinceramente orensano, quizá, que se haya escrito». Se tradujo al castellano con el título de *Lejos* en 1957. Y ya poco más. En los últimos años de su vida publicó un *Homenaje a Aurelio Arteta*, Madrid, Nuevas Gráficas, S. A., 1973, y por fin, el último del que tenemos noticia por el mismo Lázaro es *Vendimia* (Poemas inéditos), que no llegó a ver la luz, y en el cual se antologan los más relevantes textos de su etapa última, pues falleció en 1985.

En conjunto, sobre Lázaro como poeta se vertieron en su tiempo opiniones muy positivas, comenzando por las de Valbuena Prat, que insinúa su filiación machadiana, al decir: «El gallego universal que lleva dentro Lázaro le hace evocar, cuando estaba allende el mar en el azul Atlántico, el recuerdo de su montaña; siente una fluidez de dormido lago celeste; ve un ventanal cuya frescura se abre en la angustia del alma». También había comparado el propio Valbuena la lírica de Lázaro con otras formas de la mejor poesía alemana del XIX; y el ya entonces viejo profesor Astrana Marín, en sus últimos años, recordaba leyendo a Lázaro los «lieders» espirituales de Schubert, y los nocturnos de Chopin. Antonio Espina, otro gran crítico y humanista preterido, admiraba en Lázaro su capacidad para plasmar los ambientes paisajísticos, poéticos de su Galicia natal, y Marañón, leyéndolo en Toledo, habla de tal «madurez fragante» y emoción, que le hace decir: «Creía que los versos eran míos».

Todos estos juicios, con ser positivos, quedan empequeñecidos en comparación con los que incluyó seguramente el mejor crítico español de la primera mitad del siglo XX. Me refiero a Enrique Díez Canedo, que en el diario *El Sol*, de fecha 29 de marzo de 1931, escribía a propósito de *El molino que no muele* unas frases verdaderamente reveladoras. Es un artículo olvidado por completo. Se titula «Sencillez», y dice así: «Entre el griterío de unos poetas y a la orilla del canto de otros, he aquí que avanza un joven pálido, de perfil aguileño y frente desguarnecida, con un libro en la mano: Ángel Lázaro, *El molino que no muele*».

Su aparición, en el revuelto palenque, me hace el efecto de la de un legendario, Gaspar Hauser, que cayera de pronto entre los hombres de las grandes ciudades «riche de ses seuls yeux tranquilles», sin más riqueza que sus ojos tranquilos. Como en la «complainte» de Verlaine, después de confrontarse con ellos, el nuevo Gaspar Hauser podría decir: «Ils ne m'ont pas trouvé malin».

Esta falta de malicia, esta entrega total, como decía Díez Canedo, la buena fe, el sentimiento amasado con fondo vital, esa forma sin apresto, pese a su apariencia de debilidad e indefensión, es la fuerza principal de los poemas de Lázaro. Y elige un brevísimo poema para su comentario, muestra de sencillez galdosiana y remedo d'annunziano al mismo tiempo:

Olor del agua estancada  
y la piedra humedecida.  
¡Y aquel silencio!... No es nada,  
pero es lo que no se olvida.

Por eso incide el crítico en la sencillez de construcción, de palabra, de rima, en esa capacidad de hacer poesía de lo aparentemente más antipoético, «una sensación convertida en recuerdo», algo poetizado por la distancia, cargada de sugerencias tan tímidas que, aun sin formularse, se ven asomando detrás de los vocablos, defendidas por ellos. En efecto, así es esa lírica, especialmente sencilla en tiempos de retóricas y experimentos tempranamente superados. Eso no quiere decir que Lázaro no se sienta vanguardista a su manera. También se puede ser de última hornada predicando la sencillez como «poética», aunque se consiga con evidente esfuerzo. «A Ángel Lázaro —dice Díez Canedo— se le ve el esfuerzo por decir sin explicar». Nada más cierto; pero también por profesar una nueva vanguardia, cruzada y fraguada de selección. «¿Vanguardismo? —había dicho—. O se está con la vanguardia o no se es nada». Con lo cual no hace precisamente profesión de vanguardista al uso de 1930, sino, como intuye el crítico, refiere la posición a la sustancia y el estar al ser. «Todo el que es, es vanguardia». Así se deduce de la sinceridad del libro.

Como afirma Díez Canedo, «Esta aspiración al ser y este desdén por el aparentar... dan al libro su fisonomía plácida y serena; dan a sus imágenes claridad en contraste con el relampagueo nervioso de las que prende a enjambres la poesía nueva; ajustan su voz a la melodía ortodoxa, sin dejarla ceder el encanto de los ritmos sincopados que rigen la danza de los poetas de última hora».

Por eso, Ángel Lázaro enlazaba muy bien con los poetas auténticos, y por eso lo hizo con Unamuno, al que dedicó varios estudios en su libro ya citado *Semblanzas y ensayos*. Pero no me ocuparé ahora de esos ensayos ni del estudio profundo que de él hace, convertido en circunstancial e intuitivo crítico, ni de otros, también de circunstancias, como el dedicado a la muerte de doña Concepción Lizárraga de Unamuno («La compañera del gran hombre», *La Voz*, Madrid, 17 de mayo de 1934). Quiero recordar dos artículos de periódico absolutamente olvidados, que aparecieron en el diario *Pueblo*, el primero el 22 de febrero de 1978, y el segundo pocos días después, el 1 de marzo del mismo año. Llevan el título genérico de «Encuentros con Unamuno, 1 y 2». El primero se subtitula «El Pen Club», y el segundo «Don Miguel y El faraón de El Pardo». Me refiero hoy a ellos precisamente por lo desconocidos y porque su contenido creo que es suficientemente valioso tanto para intrahistoria de la poesía como para la historia de la política española de aquellas preluosas fechas.

En efecto, Ángel Lázaro está recién vuelto a España y quiere reanudar su participación en la prensa diaria. Le piden que escriba algo de sus recuerdos, con autores de otros tiempos, y el primero que viene a sus mientes no puede ser otro que Unamuno. Comienza por recordar un hasta cierto punto «fracasado» homenaje a Unamuno en el Pen Club, donde poetas, ensayistas y novelistas de fuste intentaban rendir homenaje verdaderamente solemne a don Miguel. Es curioso que los biógrafos de Unamuno, que tan prolijamente cuentan las circunstancias de su oposición a la Dictadura y de «La paz de Fuerteventura», especialmente Emilio Salcedo en su conocida *Vida de don Miguel*, no se refieran a este homenaje ni mucho menos a los avatares precisos que comenta Ángel Lázaro.

Presidía el club nada menos que Azorín, que de su propio puño y letra había rellenado los sobres para una convocatoria muy especial. Se ofrecía como señuelo un menú de lo más apetitoso; por 15 pesetas de aquellos años, que ya era poco dinero, se ofrecía en el restaurante Molinero el siguiente banquete: entremeses a la rusa, huevos bearnesa, langostinos salsa tártara, fricandó de ternera milanesa, guisantes a la riojana, capones asados al vino de Madeira, ensalada, y un apetitoso postre en el que no faltaban quesos, canastillas de frutas, vinos de todo tipo, «cups de fruits», café, licores y champán. Repito: el precio era 15 pesetas.

El motivo era sencillamente homenajear al gran mentor de las letras españolas de aquellos días, respetado por todos y querido por los más. Pero los sucesos históricos, tan imprevisibles siempre, se concitaron de tal forma, que el homenaje no pudo celebrarse con la presencia de don Miguel. Lo recuerda Lázaro de manera muy precisa: «Pero he aquí que dos o tres días antes de celebrarse el ágape recibimos una tarjeta en que se decía: “Después de impreso el adjunto Memorial, don Miguel de Unamuno ha tenido que ausentarse de la Península. Queda, por lo tanto, sin efecto la orden del día para el banquete de 4 de marzo”». El texto, que era más extenso, lo firmaba Azorín, extendiéndose en otras consideraciones, y concluía recomendando que en el acto, que al fin iba a celebrarse sin don Miguel, «no se pronuncie ningún discurso»; es decir, quedaba en pie el banquete y se aplazaba el homenaje.

El motivo estaba claro, pero convenía pasar como sobre ascuas por él para evitar represalias, nada teóricas en aquel momento. Evoca Lázaro lo que había sucedido. Don Miguel había escrito una carta a un amigo de Buenos Aires opinando sobre el Directorio militar de Primo de Rivera, tema tabú entonces, pero lo que no suponía el siempre altruista y despreocupado don Miguel era que su carta privada se iba a publicar en un conocido diario de la capital argentina. Cuando se supo en España, Primo de Rivera llamó de inmediato a su ministro de la Gobernación, el famoso general Martínez Anido, y le ordenó en el acto el destierro de Unamuno a la olvidada isla de Fuerteventura, entonces un auténtico desierto. Apostilla Lázaro: «Sin más que unas treinta personas y un camello». Todo el gobierno se preguntaba, y en especial el dictador, quién sería ese profesor de la Universidad de Salamanca que se atrevió a tales «desmanes retóricos» con su figura. En su incultura, el dictador no tenía idea de quién era Unamuno, ni de cómo se le respetaba y quería aquí y en el extranjero.

Pero los hechos son los hechos, siempre tozudos. Cuenta Lázaro cómo la policía llega a Salamanca (dos agentes), y cómo don Miguel había salido al campo, según su costumbre, y no se encontraba disponible en aquel momento. Cuando apareció, le espetaron los pacientes guardias: «Tiene usted que venir con nosotros. Haga su equipaje». Unamuno, que no se espantaba de las grandes palabras y que arrostraba con gusto cualquier responsabilidad o contra-tiempo, de los que tantos había sufrido, aun sin saber a qué venía todo aquello, dijo: «No se preocupen, con ustedes voy inmediatamente». Y, como siempre, con su traje azul oscuro, el chaleco hasta el cuello, pues nunca, ni en el más riguroso invierno, usó abrigo, bajaba a poco tiempo las escaleras con un pequeño envoltorio de periódico bajo el brazo, en el que apenas traía una toalla, un cepillo de dientes, y dos mudas.

Cuenta Lázaro con mucha gracia que los guardias dijeron: «Que el viaje es largo, don Miguel», e incluso le advirtieron: «Haga algo más, lleve algo más,

porque no se sabe cuándo va a volver a Salamanca». Unamuno, como siempre tajante, respondió: «Todo mi equipaje es éste», y allá se fueron a la estación. Claro que para entonces ya se había congregado una multitud deseosa de escuchar a don Miguel, debidamente informada de cuanto había sucedido y, desde la ventanilla del tren, improvisó unas breves palabras de despedida, que terminaban con la siguiente frase: «Ejercitad vuestra inteligencia».

Pero cuando Unamuno –continúa Lázaro– conducido por los dos agentes, llegó a Cádiz, también se había reunido, ahora ya sobre la mesa del dictador, tal cantidad de mensajes de todo el mundo en defensa de don Miguel y en protesta por la absurda y arbitraria medida, que Primo de Rivera se vio obligado a dar marcha atrás. Ya no interesaba «políticamente» expulsar a aquel hombre, que por lo visto era mucho más importante fuera de España que en ella. Y, como todos los dictadores, en aquel momento actuó de modo expeditivo y pragmático: «Que le pongan en libertad. Basta con que dé una disculpa verbal». Otros biógrafos añaden detalles sobre visitas y compañías no deseadas. Lázaro lo recuerda más directo. La orden ministerial aparece en *La Gaceta de Madrid*, con fecha 20 de febrero de 1924, firmada por el «Subsecretario encargado del Ministerio, Leaniz», y la retractación del dictador llega al día siguiente. Pero Unamuno, terco, terne y orgulloso, rechazó el «indulto».

Así lo cuenta literalmente Lázaro: «Fue la orden. Pero Unamuno rechazó la proposición: “A mí no se me han dado explicaciones de por qué se me desterraba, y yo no las doy tampoco. Vamos a Fuerteventura”. Y así fue. Unamuno fue desterrado, como es de todos sabido, a una isla que, «en su extremo Suroeste forma una península casi deshabitada, por donde vagan, entre soledades desnudas y desnudeces solitarias de la misma tierra, algunos pastores». Fruto de aquello fue su excepcional libro *De Fuerteventura a París*.

Pero el almuerzo, anunciado, contratado y firmado por Azorín, tenía ya que celebrarse. Y en el Pen Club, de tan honda raigambre, no había más remedio, puesto que todo estaba dispuesto, que celebrar el banquete sin el homenajeado. ¿Qué iba a pasar en tales circunstancias y con el ambiente caldeado por la injusta medida? En el acto se concentraba ya lo mejor de la gente consagrada, además de todos los creadores de la Generación del 98, miembros de las siguientes e intelectuales de variado pelaje. En la amplia lista, que se publica el día siguiente, 5 de noviembre de 1924, aparecía hasta Federico García Lorca. Cuenta Lázaro en este artículo que la comida se ajustó rigurosamente a la tarjeta del menú, algo por supuesto verdaderamente inconcebible, entonces y hoy, pues se trataba de un menú suculento y goloso, y más al precio de 15 pesetas.

Cuando llegaron los postres, Azorín, con su natural timidez, intentaba por todos los medios que nadie hablara, porque aquello equivalía prácticamente

a una sentencia condenatoria para todos, que habrían de pasar inmediatamente, no ya por la Dirección General de Seguridad, sino incluso por la cárcel. Dice Lázaro así: «Sirvieron el café y el licor. Silencio. Detrás de unos biombo estaba la policía secreta, vigilando, con un comisario al frente. Cerca, en la calle de La Reina, detrás de la Gran Vía, la Dirección General de Seguridad. Un edificio como los demás de la calle. Gobernación era el hermoso edificio de la Puerta del Sol. El silencio estaba cargado de tormenta».

¿Qué iba a suceder? Ni que decir tiene que la timidez del organizador Azorín intentaba que nadie hablara y que se levantaran en cambio los manteles cuanto antes y cada uno se fuese a su casa. Pero en esto, don Gregorio Marañón, con su prestigio, con su calidad humana, con su gran capacidad se decidió a hablar. Por la mente de todos cruzó una sombría idea: de aquí salimos detenidos. Y, en efecto. Marañón comenzó su discurso, con palabras vibrantes y cívicas, en defensa de Unamuno, que Azorín, con esa timidez de siempre, parecía querer abortar con la mirada para que el alegato y la soflama concluyesen cuando hubiera pronunciado la primera palabra. Pero, dice Lázaro, «Marañón continuó sereno, diciendo lo que quería decir. Fue una actitud valerosa, de inolvidable verticalidad». Era el hombre que siempre emerge de la masa frente al destino.

Cuando terminaron aquellas palabras, todos puestos de pie fueron saliendo. Desde aquel momento, la dictadura del general Primo de Rivera está herida de muerte, no porque el discurso hubiera sido el enardecedor o brillante que se transmite de boca en boca o de generación en generación y deja huella, sino porque la personalidad de Unamuno concitaba en torno a sí todas las adhesiones y mucho más desde entonces. El hecho fue demasiado provocativo como para no ser difundido inmediatamente por el entero mundo de habla hispana: «Fue don Miguel de Unamuno, a partir de aquel momento, la bandera de rebelión que levantaba el desterrado». Así lo vio Ángel Lázaro. Su guerra se hacía con versos como aquellos sonetos *De Fuerteventura a París*. «Y un día volvía don Miguel a España, ganada la batalla que habían de administrar, como es natural, los políticos. Los escritores se volvían a su labor». Así sucede siempre. La Segunda República, con Unamuno como bandera, fue, en efecto, obra de aquellos jovencuelos de apenas veintitantos años, que creían encontrar en el orden nuevo la sustitución inexorable de las caducas instituciones, que creían ver en los nuevos tiempos algo de mágico y utópico, que trajo la ilusión para todos y que muy pocos meses después habría de provocar en Ortega y Gasset la famosa frase: «No es eso, no es eso». Pero los instantes que recuerda Lázaro son los de plenitud: Cortes Constituyentes, momento triunfal, nuevo Régimen, etapa definitiva –se pensaba–. Poco se intuía entonces la tragedia que se anunciaba casi al volver de la esquina. «Tal vez si la República hubiera sido timoneada, dice Lázaro, por la generación que la trajo,

ni siquiera hubiese existido la guerra civil. Pero los poetas –continúa– los jóvenes poetas rebeldes contra la dictadura, se retiraron a lo suyo. Y los políticos, aunque fueran de la talla de Besteiro, Prieto, Largo Caballero, Azaña, Albornoz (don Álvaro), Fernando de los Ríos, no supieron evitar la catástrofe».

En el artículo de referencia incluye Lázaro un párrafo de elogio al profesor salmantino: «El destierro de Unamuno era la anticipación del gran éxodo colectivo que sucedió al final de la guerra civil. Unamuno, con Antonio Machado y Juan Ramón, eran ya los tres grandes poetas que componían la constelación que veíamos los jóvenes en aquel gran firmamento del espíritu por esos años». Pero Unamuno era mucho más que todo aquello. En efecto, estaba, como dice el propio Lázaro, firmando con sus versos y con su sangre –y al final con su vida– aquella quijotesca obra que tantas ilusiones despertó y que tal desastre terminó trayendo a su país. Don Miguel de Unamuno firmaba con sus versos el comienzo de la guerra; aun sin querer, él había sido causa indirecta del momento de zozobra nacional que España iba a vivir. Evidentemente él no tuvo culpa de nada, pero se erigió como cabeza visible del pensamiento comprometido con la situación. Y, en efecto, aquello tuvo su traducción inmediata en los terribles sucesos de todos conocidos.

Cuando desde el año 1978 Lázaro evoca aquellos días, lo hace con esa mezcla de resquemor, de regusto inveterado de tragedia, de algo no deseado que se plasmó sin embargo, porque el propio Unamuno no era la persona equilibrada que pudiera llevar a término la obra recién iniciada. En efecto, don Miguel prosiguió en su terrible tarea diaria de debelar entuertos, de luchar con las instituciones, a las que poco a poco fue minando también. Y en ello Lázaro observa un cierto sentimiento de culpabilidad ajena.

El ejemplo más claro fue el que tuvo lugar con el que el propio don Miguel llamaba El faraón del Pardo, es decir, don Manuel Azaña. Lázaro comienza diciendo que cuando llegó el 14 de abril, los políticos brillantes, como Alcalá Zamora, mandaron a Azaña, que fue a hacerse cargo del Ministerio de la Guerra, cosa que hizo don Manuel acompañado solamente de una persona, Luis Martín Guzmán, un exiliado mexicano que había escrito un libro sobre Mina el Mozo.

En efecto, era en apariencia lo menos relacionado con el hombre de acción. Don Manuel Azaña subía las escaleras de su nuevo Ministerio de la Guerra abriéndose paso entre los guardias con estas palabras que Lázaro recuerda: «Soy el nuevo ministro de la guerra». Así llegó a su despacho. Luego se le tachó de enemigo del ejército, aunque es bien sabido que su manía era todo lo contrario, puesto que él no quería conformarse con unas fuerzas armadas que estuviesen únicamente en el papel. Y por respetar las conviccio-

nes monárquicas de los mandos y de la oficialidad, proponía el retiro voluntario con todo el sueldo, como es de sobra sabido. Y algunos militares se fueron a su casa, fieles a la monarquía, pero también recuerda Lázaro en 1978 ya, «hubo larga cola en el Palacio de Buenavista para firmar su adhesión a la República, puesto que estaban de acuerdo con las tesis de Azaña que eran hacer un ejército distinto, un ejército que, si lo tenemos, debe ser el mejor posible y merecedor del respeto de todos los españoles». Lo que Azaña no quería era «ser encubridor de una ficción», en palabras de Lázaro.

Fuera o no fuera así, el hecho es de sobra sabido y conocido. Bien pronto, en las Cortes Constituyentes, se vio que Azaña era la gran revelación política de la República, que podía presidir el banco azul. Y a partir de ese instante, se ganó la enemiga de Unamuno, cosa que no se sabe, al menos con la precisión que debería, y a la que los historiadores no han otorgado la importancia que merece. Cuando Azaña, ya primer ministro, se instaló en el Palacio del Pardo, fue cuando don Miguel de Unamuno se declaró su enemigo abierto, bautizándolo con ese apodo, El faraón del Pardo. Dice Lázaro: «No sabe el diablo para quién trabaja, porque luego fue otro el verdadero faraón durante cuarenta años».

Ahora bien, la pregunta se formula por los especialistas una y otra vez, siempre la misma: ¿Por qué esa actitud frente a Azaña? El artículo de Lázaro no deja lugar a dudas y revela un dato interesante. El propio Ángel Lázaro le reprochó una tarde a don Miguel en Madrid ante testigos de nota, algunos de los cuales vivían todavía en aquella fecha de 1978: «Usted, don Miguel, se ha pasado la vida luchando porque en lugar del Casino y la Gran Peña, gobernase el Ateneo, y ahora que el Ateneo gobierna, usted se declara en contra». No contestó ni una palabra. Dice Lázaro que tal vez por el afecto que le tenía –que era mucho– compensado por el fervor que él sentía por su obra de poeta, ensayista, novelista, articulista, con centenares de trabajos publicados en diarios y revistas de España y América, mucho más estimado en América que en España, y aquí lo era ya en grado sumo. Lázaro lo siguió amando, como cuando iba a verlo al destierro de Hendaya, prolongación del de Fuerteventura, y se pasaba los días enteros con él a solas, mirando desde el espolón de la ría del Bidasoa las montañas de Hendaya en frente. Tal vez por eso no le quiso contestar a aquel reproche. Sólo le animó a ir con él a la Cámara del Libro, que se alojaba en el viejo palacio de Liria, en la madrileña Plaza del Ángel, donde vivía con su madre Eugenia de Montijo, luego emperatriz de Francia, y que acabó volviendo a morir a España.

La reunión estaba repleta de escritores «ilustres» y de editores no menos, pues se trataba de instituir un premio con una amplia dotación, cuatrocientas mil pesetas, una verdadera fortuna entonces, para la mejor novela del año.

Cuenta Lázaro que al final se formó un corro entre los asistentes y surgió el nombre de Azaña. Fue entonces cuando Unamuno aprovechó la ocasión para pinchar contra el que llamaba El faraón del Pardo. Fue cuando, tal vez amparado por la estima que le guardaba, Angel Lázaro le reprochó de nuevo en parecidos términos: «Usted luchando toda la vida porque gobernase el Ateneo, y ahora que el Ateneo gobierna, la emprende usted con Azaña».

La reacción de Unamuno no fue muy sorprendente. A lo mejor enrojeció un poco, pero no respondió ni una palabra. Y ese grupo ilustre que había quedado un poco desconcertado ante tal atrevimiento, que no era más que el dolor de ver negar a su maestro lo mismo que había predicado toda la vida, tampoco dijo nada. Salieron juntos Lázaro y Ernesto Giménez Caballero, y al llegar a la Plaza de Santa Ana, se detuvieron ante una librería y Lázaro dijo: «¿Ha visto usted qué manía ha tomado don Miguel con Azaña?». «¿Qué me va usted a decir –contestó– si acabo de elogiar en un libro mío a Azaña como se merece llamándole un comunero de nuestra época?». La razón de aquella manía la tenía muy clara don Miguel y la pudo confesar años después al propio Lázaro. Yes que Unamuno quería otra República, como Ortega. Unamuno era incapaz de sufrir que en la Universidad de Salamanca, en pleno rostro, los sublevados gritaran aquello de «muera la inteligencia», en oposición frontal a sus ideas que había repetido tantas veces («Viva la inteligencia»). Incluso el día en que lo desterraban a Fuerteventura, desde la ventanilla del tren, había repetido como último legado testamentario aquella frase antes citada de «Ejercitad vuestra inteligencia».

Para don Miguel, sin inteligencia no había nada, aunque él fuera más cordial que cerebral. Aunque existía esa especie de contradicción que tan claramente supo ver el propio Angel Lázaro, que también sufrió el destierro, voluntario si se quiere, que también tuvo que emigrar varias veces, que vivió en Cuba y en Puerto Rico, y en México, y donde hiciere falta, que retornó ya con muchos años a España y a su Madrid, en la Plaza de Santa Ana, donde yo lo conocí en 1974. Don Miguel era la inteligencia y un valor eterno. Dice Lázaro: «Perdida la guerra y derrotados momentáneamente los eternos valores espirituales, yo seguía en el fervor, en la religión de don Miguel, intentando verlo de otra manera, intentando verlo como el espíritu de la contradicción que fue siempre». Tal vez Lázaro no apreciaba lo que había de valor definitivo en el maestro Unamuno, que no era sino el espíritu de la autenticidad y de estar de acuerdo consigo mismo. Unamuno no podía pretender estar al albur de los demás sin estar de acuerdo consigo. Así lo vio Lázaro, con esa sensación de hombre intermedio, de hombre en contradicción plena, en el que hay, digamos, la razón hasta de contradecirse si llega el caso, por amor de su propia autenticidad de cada día. Angel Lázaro lo vio así en un espléndido poema, que creo merece la pena ser reproducido:

«Nunca quisiste a España con amor tranquilo,  
 sino rabiando, padeciendo,  
 amor a muerte, al borde, siempre al borde  
 de despeñarte... Forcejeo,  
 trágico jadear, rebañaduras  
 del corazón, blasfemias, rezos,  
 dulce panal, enardecida brama,  
 ardiente extenuación, brasa en los huesos...  
 Así quisiste a España, hasta que loca  
 de ti, por ti, sangrando, ardiendo,  
 te mordió, loba, el corazón... Rodasteis  
 con largo aullido hasta el abismo negro».

En efecto, Unamuno era España, y España siempre fue contradictoria, como lo fue don Manuel Azaña también. Por eso, como dice Lázaro, los dos caían más allá quizá de una lucha entre españoles, caían bajo el designio de Caín y Abel en la Tierra, hasta que llegue esa calcinación final que preparan los arsenales atómicos, instrumentos acaso de una bíblica maldición. Lázaro entendía que después de tantos años una tercera Guerra Mundial, inevitable desde su perspectiva de aquellos días, vendría a hacer la justicia definitiva. En eso se equivocó. Y en tal equivocación radica buena parte de nuestra felicidad momentánea de hoy, en que podemos hablar en paz de esta relación.

En otra ocasión estudiaremos las visitas de Lázaro a Hendaya, los recuerdos personales de don Miguel, y sus ensayos sobre la lírica del gran vasco. No obstante, creo que debemos, siquiera mínimamente, aproximarnos a un dato que nos servirá como final de este trabajo. Me refiero al enorme valor que Lázaro concedía, ya entonces, al *Cancionero* de don Miguel. Esa poesía de la cual llega a decir: «Mil setecientos cincuenta poemas. Hay días en este *Diario* con ocho o diez poemas. Era como un árbol al que se le desgaja el fruto por todas partes», en funambulesco frenesí fronterizo con el realismo más ramplón; árbol al que diariamente se le desgaja el fruto que todavía, pasados tantos años, produce renuevos fruteros, que en 1996 nos seguirá iluminando como antorcha de la modernidad por muchos años. Tal vez lo había intuido el propio Unamuno en texto emblemático que conviene reproducir:

«Se alarga a morir la sombra;  
 el cielo va a echar estrellas;  
 a soñar me llama, madre,  
 desde su entraña la Tierra.  
 Volveré a vivir la vida  
 que ya viví por entregas;  
 resucitaron mis muertos  
 para romperme cadenas.

Por las raíces colgantes  
del alma me suben penas  
a acrisolarme en el sueño  
con la luz de las estrellas».

Así era Unamuno: esas raíces colgantes del alma, por donde subían las penas, eran un medio de elevar su propio sueño a infinitud o plenitud, donde la luz de las estrellas presidía el eco de la lírica castellana, en «la región más transparente», acendrado por San Juan o por Fray Luis, con los que tantos puntos de coincidencia tiene, con Santa Teresa al fondo, con cualquiera de los grandes, capaz de hermanarse con el gran poeta, también contradictorio, también capaz de elevarse por encima de las circunstancias, del escepticismo y de la incertidumbre vividos, última posición, como él decía, a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, «fundamento sobre el que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza» (*Del sentimiento trágico de la vida*).